

Cómo estudiar la cultura de las clases subalternas. Reflexiones sobre la resistencia a partir de *En busca de respeto*, de Philippe Bourgois.

Khalil Elías Esteban

Lic. en Sociología

Becario doctoral Conicet - IIGG

Doctorando en Ciencias Sociales UNGS-IDES

qalil@gmail.com

Fecha de recepción: 6 de noviembre de 2013

Aceptación final del artículo: 10 de diciembre de 2013

“Los chavos que yo me gano en el salón de juegos
son pa mi locura personal,
pa’ alimentar mi propia drogadicción y autodestrucción.
Yo y más nadie soy el que decido qué hacer con ellos.
Nadie me puede decir qué hacer”
César

Introducción

César, el custodio de un Salón de Juegos y de venta de crack en East Harlem, explica crudamente en el pasaje citado su decisión personal de “autodestrucción” a través de las drogas. Uno podría admitir junto a él que es sólo suya la decisión final sobre el destino de sus ganancias e, incluso, que es sólo suya la decisión de formar parte del círculo de narcotraficantes que domina el espacio público de “El Barrio”, uno de los sectores más pobres de Nueva York. Pero también podría releerse su discurso para dar cuenta cómo su decisión, en realidad, está determinada por las condiciones históricas, sociales y estructurales de la sociedad en que le tocó en suerte vivir. Parte de este dilema es el que sobrevuela el libro de Philippe Bourgois, *En busca de respeto*.

Vendiendo crack en Harlem. Heredero de una tradición de estudios sociales con alta carga de reflexividad, Bourgois se propone en su investigación subrayar la relación entre estrictiones estructurales y acciones individuales, aún sin proponerse resolver a priori qué elemento debe prevalecer en el análisis de los relatos y en la descripción de las conductas de los traficantes de crack que son protagonistas en su libro.

En busca de dar respuesta sus objetivos de investigación, Bourgois pasó su tiempo en las “casas de crack” y con los vendedores, visitó sus hogares, conoció a sus familias, presencié robos y asesinatos desde su ventana, participó en reuniones comunales y entrevistó a los políticos locales. Se sirvió de diversos métodos y recursos para obtener los datos

sobre el terreno, pero también se sirvió de diversas combinaciones estratégicas al redactar su etnografía final, el texto que da cuenta de su investigación. De hecho, el propio autor reconoce haber reconstruido relatos, aunado conversaciones sobre un mismo tema e, incluso, haber incorporado varias personas en un solo personaje (Bourgois, 2010: 375).

En la presente reseña haremos un breve repaso sobre los temas que presenta cada capítulo de la obra, sus hipótesis y las estrategias de presentación de los datos del autor, para finalizar reflexionando sobre la noción de resistencia y sobre cómo es posible abordar el estudio de la cultura de las clases subalternas. Para ello, retomaremos las advertencias que al respecto ofrece la antropóloga norteamericana Sherry Ortner y -en un diálogo interdisciplinario- algunas de las propuestas que planteara el historiador italiano Carlo Ginzburg en el ya clásico *El queso y los gusanos*.

La dignidad como resistencia en un barrio de Nueva York

Bourgois llegó a instalarse en East Harlem en busca del estudio de la experiencia de los puertorriqueños pobres de Nueva York, proponiéndose documentar la marginación étnica y la experiencia de la pobreza en la vida cotidiana de las personas que habitan los guetos estadounidenses (US inner-city apartheid). Se proponía, en particular, indagar en los métodos alternativos de generación de ingresos de quienes desplegaban distintas estrategias de supervivencia en el universo de la economía subterránea e informal. Sin embargo, su propia permanencia en el campo lo llevó a concentrar la atención en un

tipo específico de estrategia, aquella asociada al sector pujante de la venta de droga ilegal. El propio Bourgois (2010: 41) justifica esta redirección al destacar que “no hay lugar donde el calvario de los guetos estadounidenses se manifieste con mayor claridad que en el mundo de las drogas.” De este modo, En busca de respeto resulta una etnografía sobre la lucha diaria que los traficantes libran por la dignidad y para mantenerse por sobre la línea de la pobreza en el contexto de apartheid de un barrio neoyorquino.

El objeto de conocimiento se recorta entonces en función de dos núcleos centrales, constantemente superpuestos y apoyados en distintas perspectivas teóricas: la conquista de la dignidad a partir de la resistencia inconsciente forjada en la inmersión dentro de la “cultura callejera de la inner city” (que implica referenciarse en el marco analítico de la teoría de la producción cultural), y la búsqueda constante por sobrevivir a través del tránsito fluctuante entre los puestos de trabajo disponibles en los márgenes de la economía legal y la economía subterránea e ilegal (que ofrece una mirada comprensiva de la pobreza y la marginación social desde la perspectiva de la economía política).

Como anticipamos, Bourgois despliega una variedad de fuentes y estrategias de escritura para desarrollar su línea argumental y los diversos subtemas que se le presentan en el propio proceso de investigación. Así es que, tras presentar el “esqueleto” del barrio donde se instala a partir del análisis de indicadores económicos y sociales de East Harlem y Nueva York, en el primer capítulo (Etnia y clase: el

apartheid estadounidense) el autor se vale de su experiencia personal durante el acceso al campo para describir el apartheid neoyorquino. Es decir, no hace un relato teórico de cómo entiende el apartheid, sino que ilustra las vivencias de segregación étnica internalizadas en los propios actores, dentro de un ambiente en el que los estereotipos de rol están presentes tanto en policías como en narcos y, en definitiva, en toda persona que vive o circula por El Barrio.

En el segundo capítulo, Historia de las calles del barrio, Bourgois recurre al análisis e interpretación de fuentes secundarias para reconstruir el trasfondo histórico de los puertorriqueños que viven en Nueva York y el legado histórico de marginación de las calles de El Barrio. En el primer caso, identifica un paralelo entre las sociedades jíbaras que rechazaron las formas culturales elitistas de los españoles a lo largo de los siglos XVIII y XIX¹ y la corriente contestataria de la cultura callejera que se opone a la marginación y la explotación por parte de la sociedad estadounidense que analiza (Bourgois, 2010: 77). En el segundo caso, encuentra que históricamente las calles de El Barrio han producido personas violentas y narcodependientes, sin importar la procedencia étnica (holandeses primero, luego irlandeses y, previamente a la llegada de los puertorriqueños, italianos).

¹ El jíbaro, en el contexto de Puerto Rico, refiere al campesino que se refugiaba en los cerros para no cortar caña como modo de rebeldía ante la explotación colonial. Hoy en día, pese a que el término evoca la imagen estereotipada de un agricultor fieramente independiente, ha surgido como un símbolo de dignidad e integridad de Puerto Rico.

El capítulo III, Administración de la casa de crack, examina cómo la tensión con la economía convencional repercute sobre las operaciones cotidianas del Salón de Juegos. Es el apartado más clásicamente etnográfico: valiéndose de la observación participante como disposición metodológica y de la entrevista como forma de interacción dentro de esa disposición, Bourgois (2010: 116) destaca que la venta de crack es similar a otros negocios,² y descubre que “en una economía que convierte en fetiche los bienes materiales y los servicios, la tendencia a gastar compulsivamente las ráfagas de ingresos es universal. Los vendedores de crack no son más que una versión infame y caricaturizada del fenómeno norteamericano del derroche del dinero fácil.” En definitiva, Bourgois encuentra que la violencia y entrega a la economía del crack responden a una búsqueda desesperada e infructuosa por el sueño americano, que implica la obtención de dignidad y respeto a partir del esfuerzo individual y la acumulación de dinero. En el contexto de la cultura callejera en la que se sumerge, la economía del crack es, al fin y al cabo, el camino

² Bourgois encuentra esta similaridad al describir la venta de crack como una tarea monótona, tediosa y que requiere de un cuerpo laboral disciplinado e íntegro para ser exitosa; y que incluye numerosos conflictos entre la gerencia y la fuerza laboral. De hecho, en varios pasajes juega con la equiparación del trabajo de vendedor de crack a cualquier tipo de trabajo legal, por ejemplo cuando dice que “Primo y César se movían con los gestos apresurados y fluidos de cualquier trabajador que se prepara para ir a casa luego de una honesta jornada laboral” (2010: 117), o cuando reflexiona que “en un ejemplo clásico de interiorización de los antagonismos entre obreros y patrones, el rencor de Primo y César hacia Tony, el reemplazo que Ray contrató para disciplinarlos, se intensificó” (2010: 128).

más directo y más exitoso en esa búsqueda.

El capítulo IV, *La brega legal: humillación y oposición en el trabajo*, es el que condensa las principales líneas argumentales de la tesis del libro de Bourgois. El enfoque aquí es explícitamente “estructural”, y la estrategia es exponer los relatos de los protagonistas para explicar cómo se produce un choque cultural entre las normas dominantes (específicamente aquellas que se reproducen en los círculos del sector FIRE³ de la economía de servicios) y las definiciones de dignidad personal de los jóvenes cuyo proceso de socialización los condiciona a rechazar toda manifestación pública de subordinación. Lo que en muchos pasajes parece incluso un montaje de narraciones, está orientado a revelar la humillación a la que se ven sometidos los integrantes de la cultura callejera cuando deciden buscar trabajo en la “sociedad convencional”.⁴ El efecto de esta marginación estructural (una vez más) es la revalorización de elementos propios de la cultura callejera: el consumo y venta de drogas y la violencia doméstica. Bourgois destaca en este panorama que “ninguno de los vendedores de crack parecía tener conciencia del vínculo entre la escasez de

³ El “Sector FIRE” (acrónimo en inglés de Finance, Insurance, and Real Estate) refiere a los sectores de Finanzas, Seguros y Bienes Raíces de la economía.

⁴ Dice Bourgois (2010: 161), específicamente: “las circunstancias históricas los han impulsado a un explosivo enfrentamiento entre su sentido de dignidad cultural y la humillante subordinación que experimentan en el sector servicios (...) La cultura callejera entra en total contradicción con las formas dóciles y humildes de interacción servil esenciales para prosperar en los trabajos de oficina.”

oportunidades en la economía legal, la adicción a las drogas y su dependencia respecto de la economía del crack para sobrevivir con dignidad.” (Bourgois, 2010: 122).

En los capítulos V, VI, VII y VIII se analizan las cambiantes relaciones de poder entre hombres y mujeres y las transformaciones en la organización familiar alrededor de la crianza de los niños y la estabilidad económica. Los recuerdos de infancia de los protagonistas acaban por determinarle al autor algunos “temas” que no parecen haber sido predefinidos, como la escuela, el grupo de amigos, los hijos, la relación entre sexos, el rol del estado y las políticas públicas, etc.

A partir de entrevistas realizadas en formato de historias de vida, se describe por ejemplo en los capítulos V (*La educación criminal*) y VI (*Redefinición callejera del rol de los sexos*) el modo en que la cultura callejera se presenta como alternativa a las instituciones pedagógicas, y cómo el mundo del grupo de amigos llena el vacío estructural abierto por la deserción escolar. Esta cultura callejera que se forja a partir de la naturalización de la violencia incluye el fenómeno de la violencia sexual de jóvenes que ejecutan desde pequeños la dinámica misógina de violaciones grupales.⁵ A través de crudas descripciones y relatos, Bourgois argumenta cómo la crisis del patriarcado propia de las sociedades occidentales se traduce en la cultura

⁵ El propio autor admite que le “tomó varios años desarrollar la valentía y la confianza necesarias para registrar de manera sistemática los relatos de violación grupal...”, en lo que analiza como “otra práctica que el relativismo de mi formación antropológica jamás será capaz de conciliar” (2010: 206-207).

callejera en una mayor agresión sexual y en la agudización de la violencia doméstica. En el capítulo VII (Familias y niños que sufren), por su parte, el autor utiliza la estrategia de colocar la socialización de su propio hijo como forma de descripción de las dinámicas del barrio referidas a la institución familiar. Dice en relación a ello que a nivel personal, lo más impactante de vivir allí fue ver la destrucción pública y colectiva de los hijos de sus amigos y vecinos, y el haber sido testigo del derrumbe de la vida de muchos niños y niñas en su paso a la adolescencia. Finalmente, en el capítulo VIII (Padres vulnerables), la incorporación de nuevos personajes es la excusa para deslizar que la incapacidad de los hombres de apoyar a sus hijos y de formar familias estables y afectuosas tiene profundas bases materiales, ya que un “poderoso legado histórico y cultural” (Bourgois, 2010: 301) opera sobre la desigualdad entre los sexos y estructura los patrones de negligencia y agresión paternos. La crisis del patriarcado, que se manifiesta tanto en la autodestrucción individual como en la violencia doméstica y la agresión sexual, encuentra entonces sus causas en el contexto histórico y en el plano de la economía política.

En las últimas páginas el autor decidió implicarse en los debates de políticas públicas, que –concluye– han estado lejos de pensarse para lidiar con los problemas estructurales. A su entender, las drogas son un epifenómeno, una expresión de dilemas más amplios que incluyen el colapso del sector público y el apartheid étnico y de clase que caracteriza el paisaje norteamericano.

La noción de resistencia en el estudio de la cultura de las clases subalternas

Tal como hemos descrito, uno de los núcleos centrales de la obra de Bourgois es la conquista de dignidad a partir de la resistencia inconsciente forjada en la inmersión dentro de la cultura callejera de la inner city. En *Anthropology and social theory. Culture, power and the acting subject*, Sherry Ortner (2006) problematiza la noción de resistencia (y de poder) siguiendo a Joan Scott (1990) y retomando algunos planteos de Michel Foucault.⁶ Ortner encuentra tres grandes problemas en los estudios de la resistencia que adoptan una perspectiva etnográfica. El primero es la tendencia a soslayar la riqueza de la cultura subalterna (“thinning culture”). Argumenta que, en general, en los trabajos de Scott no pueden verse actos propios del grupo dominado por fuera de una necesidad de resistencia. En eso se basa su concepción de la autenticidad cultural: los grupos subalternos deben ser vistos teniendo una cultura auténtica, no sólo una cultura “en oposición a”, meramente reactiva. Un segundo problema refiere a la tendencia a presentar una visión lavada de la política de los dominados, una “desinfección” de la subalternidad (“sanitizing politics”). Si uno reconoce que los “sujetos de la resistencia” están haciendo algo más que oponiéndose a la dominación, entonces no debería dejar de verse que en su interior hay políticas propias que no están exentas de fricciones y tensiones (entre hombres y mujeres, padres e hijos, etc.). La ausencia de un análisis de las formas

⁶ Las referencias al libro de Ortner corresponden al capítulo 2, “Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal”. Las traducciones son propias.

de conflicto al interior de los grupos “dominados” en muchos de estos estudios les imprime un dejo de romanticismo que los aleja de una perspectiva etnográfica. Finalmente, un tercer problema -central dentro de los estudios sociales- es la pregunta por la relación de los sujetos con la situación de dominación, que lleva la problemática de la resistencia al nivel de la conciencia, la subjetividad, la intencionalidad y la identidad. El riesgo en este punto, según la autora, es disolver al sujeto, minimizándolo o reduciéndolo a un mero sujeto discursivo (“dissolving actors”).

Hemos visto cómo en los últimos capítulos Bourgois describe la hostilidad cotidiana de las calles de El Barrio. Allí se ubica en sintonía con la propuesta de Ortner, evitando ocultar las relaciones de poder y dominación que se juegan en el interior de la inner city. En este aspecto, el libro se encuentra teñido por una alta dosis de reflexividad, a través de la cual el autor traza sus propios límites y expone las contradicciones de su investigación, de su análisis y de su escritura. En la introducción anticipa claramente que “el combate contra los prejuicios moralistas y la hostilidad de la clase media hacia los pobres no debe acometerse al costo de desinfectar las calles de la inner city y presentarlas como si la destrucción y el sufrimiento no existiesen” (Bourgois, 2010: 42). Concluimos entonces, junto a Ortner y Bourgois, que es necesario poder recrear una micropolítica de los dominados, en donde el foco de análisis siga siendo entender los procesos de dominación, pero sin ocultar las tensiones y las relaciones de poder que se dan en su interior. Si bien los pasajes más explícitos en este sentido son los que descubren la

misoginia y la violencia de género, también puede encontrarse esta reflexión en la descripción de la tensión interétnica entre afonorteamericanos y puertorriqueños en la calle, llevada al extremo por César:

“...yo soy del Klu Klux Klan. Yo mataría a los negros (...) porque son negros y apestan y huelen a mielta” (Bourgois, 2010: 71).

Esta micropolítica de los dominados, según explica Ortner, se da en los márgenes de las relaciones estructurales de poder, y tiene una lógica propia, es decir, no es mero reflejo de dichas relaciones estructurales ni una acción reactiva a ellas. El reclamo de autenticidad podría verse como la contracara de la primera advertencia de Ortner, que llamaba a no quitar riqueza cultural a los grupos subalternos. Respecto a esta advertencia, puede observarse una tensión en la producción del autor de *En busca de respeto*. Si bien en su descripción densa incluye numerosos aspectos que definen una cultura auténtica y propia –en este caso, del grupo de jóvenes traficantes de drogas de la inner city-, en última instancia esta cultura callejera es presentada casi siempre en oposición a la cultura dominante o como resistencia a la misma, perdiendo parte de la autenticidad que Ortner reclamaba. Esta tensión se evidencia en el propio intento de Bourgois por definir la cultura callejera, que describe como

“...una red compleja y conflictiva de creencias, símbolos, formas de interacción, valores e ideologías que ha ido tomando forma como una respuesta a la exclusión de la sociedad convencional. La cultura de la calle erige un foro alternativo donde la dignidad personal

puede manifestarse de manera autónoma.” (Bourgois, 2010: 38).

Más allá de la oscilación entre distintas formas de definir la cultura callejera que pueden encontrarse a lo largo de la obra (como mediación, en tanto forma práctica de dar respuesta a la exclusión, o como forma de búsqueda de respeto asociada a una reelaboración simbólica de lo jbaro y el honor); y más allá de los distintos límites que supone la definición misma de “cultura callejera” (sea como expresión propia del grupo de jóvenes que venden crack o como extensión de dicha cultura a todos los habitantes de El Barrio), lo que queremos destacar de esta tensión es la autenticidad cultural que Bourgois permite reflejar en su descripción de las prácticas y los discursos de los jóvenes de East Harlem, por un lado, y la interpretación misma que el autor hace de esas prácticas y discursos que, en general, termina por presentar esta cultura en oposición a lo que él mismo denomina “sociedad convencional”.

Un riesgo adicional de esta distinción permanente es caer en un análisis que sugiera una explícita dicotomía cultural, una suerte de biculturalidad, como si se describieran dos mundos impenetrables por parte de quienes transitan uno u otro polo. Respecto a esta necesidad de evitar la lectura dicotómica, ya en las décadas de 1970 y 1980 los historiadores habían planteado su propia discusión. Carlo Ginzburg ofrece una alternativa posible al cuestionarse en *El queso y los gusanos* cuál es la relación que existe entre la cultura de las clases subalternas y la de las clases dominantes. Allí se pregunta hasta qué punto es en realidad la primera subalterna a la segunda y sugiere si

no podemos hablar, en realidad, de una circularidad entre ambos niveles de cultura (Ginzburg, 2011: 121). Para Ginzburg, la respuesta no debe leerse en clave de alineación ni de autonomía. Es necesario, por el contrario, resaltar la existencia de una cultura popular generada, reproducida y renovada constantemente por las mismas clases subalternas, dentro de una relación de permanente circularidad con la cultura de las clases dominantes. Dicotomía cultural, entonces, en tanto no se trata de anular la distinción y la frontera entre lo hegemónico y lo subalterno; pero también influencia recíproca, en tanto se establece una circularidad entre elementos culturales de uno y otro lado: ambas versiones intercambian todo el tiempo elementos, cosmovisiones, motivos y configuraciones culturales, como parte de esa misma batalla cultural que los interconecta y determina en general. Si bien Bourgois establece su discusión principalmente contra la teoría de la “cultura de la pobreza”, es clara la referencia a un problema común –y de larga data– en las ciencias sociales respecto a cómo enfrentar el estudio de las clases subalternas. Y, en efecto, hay en la obra de Bourgois un esfuerzo constante para evitar la dicotomía y plantear, en cambio, una matriz social común que atraviesa a todos los grupos sociales, pero con efectos y consecuencias distintivas.

Como expusimos en un comienzo, la tensión entre restricciones estructurales y acciones individuales atraviesa todo el libro. Bajo esta fluctuación puede analizarse cada descripción y cada salto interpretativo del autor, como también cada selección de relatos.

Vinculada directamente a la tercera advertencia de Ortner, esta tensión - como varias de las que fueron presentadas a lo largo de este trabajo- se resuelve en Bourgois con una alta dosis de reflexividad. Es así que el autor anticipa desde un comienzo que “acentuar las estructuras sociales puede opacar el hecho de que las personas no son víctimas pasivas, sino sujetos activos de su propia historia”. Y, sin embargo, relata que

“...en numerosas ocasiones me sorprendí a mí mismo recurriendo al estructuralismo más rígido como un método para apartar la vista de las personas que se autodestruían en su lucha por sobrevivir.” (Bourgois, 2010: 45).

Dice Bourgois (2010: 256) que un objetivo general de *En busca de respeto* es subrayar la interiorización de los procesos económicos e históricos que atraviesan los individuos vulnerables. En esta reflexión concentra su posición en torno a la discusión teórica acerca de la relación entre la responsabilidad individual y las restricciones sociales estructurales, sin pretender resolverla. Pero también refleja una discusión metodológica (sobre cómo analizar el propio relato de los protagonistas) y política (respecto a cómo puede ser releída su obra a partir de la decisión de incluir los horrores presenciados entre las personas con quienes incluso entabló amistad), que resuelve devolviéndole al propio lector la responsabilidad sobre su posicionamiento y reinterpretación dentro de estas discusiones. En cualquier caso, lo que parece verse en *En busca del respeto* es un doble juego, en el que el lugar central que tiene el relato de los actores y la interpretación personal –

y colectiva- de sus propias prácticas permite considerar su autenticidad política y cultural, y su capacidad de agencia en el sentido de persecución de proyectos. Pero al mismo tiempo, cuando interviene Bourgois, el análisis se tiñe de los condicionamientos estructurales del que los actores son víctimas inconscientes. Es decir que en la resolución de las tensiones que hemos venido planteando, se pone en juego no sólo un posicionamiento teórico sino también uno ideológico y político respecto a cómo presentar la cultura popular sin negar su autenticidad ni reducir su complejidad, e incluso uno metodológico sobre cómo abordar esa interpretación.

En definitiva, y en la convergencia de todas estas tensiones aquí planteadas, para poder explicar el relato inicial de César acerca de su libertad de acción y autodestrucción, Bourgois (2010: 47) dirá que “en el contexto neoyorquino de los puertorriqueños, los actos autodestructivos de las personas deben situarse en una larga historia de hostilidad interétnica y dislocaciones sociales”, y que la clave contradictoria que explica ese ímpetu autodestructivo es principalmente la idea de la resistencia de la cultura callejera frente a la subordinación social: es decir, cómo los individuos dan forma a su opresión por medio de prácticas culturales antagónicas.

Bibliografía

BOURGOIS, Philippe (2006). “Pensando la pobreza en el gueto: Resistencia y autodestrucción en el Apartheid norteamericano”.

Etnografías Contemporáneas, Año 2,
No. 2, pp. 25-43.

BOURGOIS, Philippe (2010). En busca
de respeto. Vendiendo crack en
Harlem. Buenos Aires: Siglo XXI.

BOURGOIS, Phillipe; ALARCÓN
Cristian (2010). "Narrar el mundo
narco: diálogo con Cristian Alarcón y
Philippe Bourgois". Salud Colectiva,
Vol. 6, No. 3, pp. 357-369.

GINZBURG, Carlo (2011). El queso y
los gusanos. El cosmos según un
molinero de siglo XVI. Barcelona:
Ediciones Península/ Océano (III
edición).

ORTNER, Sherry (2006).
Anthropology and Social Theory.
Culture, power and the acting subject.
North Carolina: Duke University
Press.

SCOTT, James (1990). Los dominados
y el arte de la resistencia. Mexico:
Ediciones Era.